

NOTÍCIES

Víctor Guerrero Ayuso. *In memoriam*



Font: UIB

Como reza el epitafio de Enrique Jardiel Poncela¹ “Si queréis los mayores elogios, moríos”, parece inevitable en un obituario hablar de la obra y los logros del difunto. En este sentido, con la mayor de las buenas intenciones, desde la nueva dirección de la revista *Mayurqa*, a los que deseo el máximo de suerte en esta nueva etapa, me pidieron que escribiese unas palabras de recordatorio a Víctor Guerrero. En principio, he de ser sincero, no creía que ello fuera necesario, pues la figura de Víctor Guerrero es conocida y fácilmente rastreable a través de su obra. Además, cada uno tiene su propia opinión sobre su figura, opinión que yo no pretendo cambiar. Finalmente, debo reconocer que a mí no me apetecía nada escribir sobre un amigo fallecido, puesto que el coste emocional era y ha sido muy alto. Sin embargo, dos elementos me convencieron para escribir estas pocas líneas: por una parte, una reflexión que hizo un día Jaime García Rosselló, uno de sus alumnos más destacados, cuya argumentación me permitiréis que me guarde para mí, pero que acabó por convencerme sobre la necesidad de escribir un recordatorio; por otra, la ilusión y el amor que Víctor Guerrero tenía por la docencia y la investigación.

Sin embargo, debo disculparme, puesto que no voy a hablar de la trayectoria científica y docente de Víctor Guerrero, que cuenta con más de 150 trabajos científicos, ni de cómo fue capaz de crear de la nada uno de los grupos de investigación y áreas de conocimiento más dinámicas de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra universidad. Por el contrario, he optado por recordar algunas pocas experiencias y vivencias que, como recuerdos cada vez más difusos, han perdido todo resquicio de objetividad y que, para colmo, nuestra traicionera mente ha redecorado y reubicado.

¹ Referencia que debo agradecer a Enrique García Riaza.

El tiempo corre a una velocidad en que las ocupaciones del día a día nos impiden ser conscientes de ello. Y, además, corre para todos, en eso la naturaleza decidió ser democrática. Ante esa implacable evidencia uno debería poder sentarse, salirse de la locura diaria y tomar cierta perspectiva para ver qué hace y hacia dónde va.

Hace unos meses murió un amigo muy querido, el profesor Víctor Guerrero Ayuso. Desde que sucedió ese desgraciado acontecimiento me he parado muchas veces a reflexionar, aunque, sinceramente, no es que haya llegado a ninguna conclusión satisfactoria. Bueno sí, a una, el tiempo corre tan rápido y somos tan inconscientes de ello que deberíamos intentar hacer lo que nos ilusiona y estar con quien nos quiere. Víctor cumplió con creces con la primera de esas premisas, aunque, en muchos casos, a costa de la segunda. Su pasión por su trabajo era tan grande que era capaz de pasarse días ensimismado, lejano, pensando en una posible interpretación de los datos que estaba manejando. De la misma manera que se encerraba noches y noches para ir fijando, con un estilo literario envidiable, las constantes ideas que le surgían. De ello da fe la extensísima y prolífica obra científica del profesor Guerrero. En ella, Víctor siempre partió de una premisa, la valentía para afrontar retos, para proponer ideas que aún no estaban del todo confirmadas, pero que abrían nuevos puntos de vista y ampliaban el horizonte del conocimiento. Algunas de las hipótesis que propuso a lo largo de su dilatada carrera se han confirmado, otras restan aún por tener unos datos lo suficientemente robustos y unas pocas se han descartado, pero lo innegable, y en ello radica uno de los grandes méritos de Víctor, es que tanto en un caso como en otro se salía siempre de la zona de confort científica para adentrarse más allá de las fronteras del conocimiento establecido y plantearse nuevas preguntas, nuevas interpretaciones, nuevas ideas. Sin lugar a dudas, algunas de estas propuestas hicieron avanzar muchos de los temas cruciales para el conocimiento de la prehistoria de las Islas Baleares. Esa valentía y ese riesgo se complementaban con la modestia que le permitía reconocer un error cuando lo había cometido, pero también mantenerse fiel a sus propuestas si no lograbas convencerle con tus argumentos de lo contrario.

Antes de que Víctor acabase como profesor de la Universidad de las Islas Baleares fue maestro de escuela y profesor de instituto. En su propia esencia estaba esa pasión por la enseñanza. Recuerdo sus primeros años de docencia en la Universidad. Yo no fui nunca alumno suyo, pero sus primeros alumnos seguro que lo podrían confirmar. Cuando yo veía los exámenes que ponía y el material docente que daba no podía más que estar enormemente sorprendido. Actualmente, diríamos que la exigencia era desmesurada. Conociendo a Víctor ello era el fiel reflejo de su increíble capacidad de trabajo y de su pasión desbordada por la docencia, que iba, en algunos casos, más allá de lo didácticamente recomendable, si seguimos como parámetro de referencia los más que dudosos criterios actuales.

Junto a su pasión por la docencia y la investigación también estaba su enorme lealtad con sus amigos. Víctor era sobre todas las cosas amigo de sus amigos, nos defendía y nos ayudaba siempre con una generosidad de la que nunca dejaremos de estar agradecidos. De hecho, y eso queda para los que lo sufrimos, una de sus peores experiencias en la Universidad fue el conflicto científico y personal que tuvo con un alumno y amigo suyo. Creo que, en perspectiva, esa situación fue una de las que más le dolió en todos sus años de profesor. De la misma manera que ver como sus alumnos iban creciendo y avanzando era una de las cosas que más le enorgullecía.

Acabo estas pocas líneas disculpándome otra vez por no haber ofrecido datos, referencias y comentarios a las innegables aportaciones que hizo Víctor como profesor universitario, pero solo desde el cariño y la añoranza uno ha sido capaz de recordar a un amigo que se murió mucho antes de lo que debería haber sido.

Un abrazo y hasta siempre, Víctor

Manuel Calvo Trias
Universitat de les Illes Balears